

Epitafios

No obstante que a todos nos aceche, el hombre parece no poder resignarse a la muerte y al olvido que ella conlleva. Para salvarlo, han discurrido distintas formas para que su recuerdo se perpetúe. Las pirámides fueron monumentos de extraordinaria ingeniería que los faraones ordenaron hacer para guardar sus restos y para que la Humanidad recordara su tránsito por la Tierra. Otros se limitaron a crear epitafios para ser colocados en sus tumbas, transmitiendo a las generaciones futuras una imagen de ellos, que muchas veces no correspondía a la forma cómo serían recordados.

Esquilo, el gran trágico que nos legara la Orestíada, no parecía dar importancia a su condición de poeta y sí a sus cualidades militares. Como guerrero y no como poeta, pretendía que se le recordara y, así, escribió para su tumba este epitafio: "Este monumento encierra a Esquilo. Nacido ateniense, murió en la fértil llanura de Gela. El renombrado bosque de Maratón y el Medo de larga cabellera dirán si fue valeroso; bien lo vieron". Y sólo por este epitafio nos enteramos de que la imagen que Esquilo quería proyectar era totalmente ajena a la que, con justificada razón, pasó a la historia.

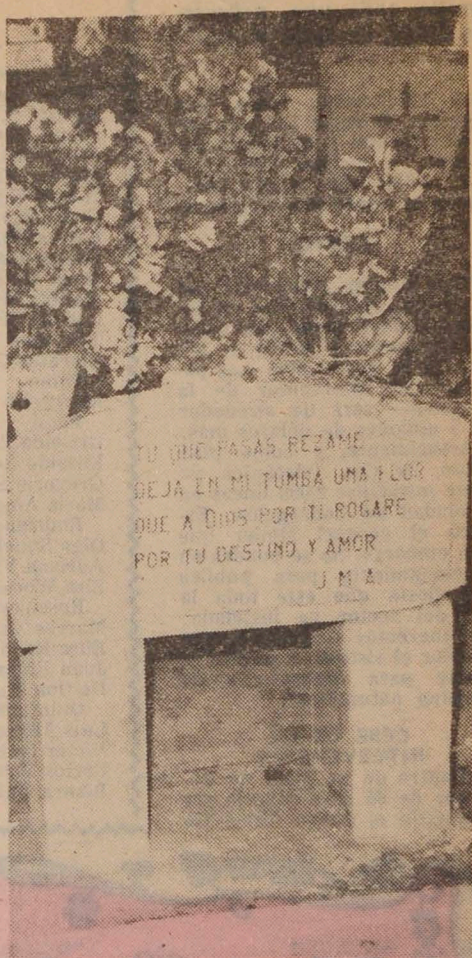
En otros casos, esta imagen falsificada es tan burda que mueve a la ironía. Isabel de Inglaterra, cuya larga lista de amantes ha registrado con precisión la historia, parecía sentir un exceso de culpabilidad por estos deslices y quería ser recordada como mujer virtuosa. En su tumba ordenó inscribir en latín este increíble epitafio: "Aquí yace Isabel, que reinó virgen y murió virgen".

Pero no sólo la vanidad preside los auto-epitafios. También en ellos se enseñoorea el humor, aun cuando, a la postre, no hayan quedado inscritos en las tumbas. López de Ayala, el escritor español que padecía de una enfermedad bronquial crónica, que lo obligaba a una desesperante y constante tos, insistía que en su tumba sólo se pusieran estas palabras: "Ya no tose". El poeta francés Alejo Pirón, que vivía y penaba por ser elegido académico, sin conseguirlo, terminó por rendirse a la realidad, ordenando inscribir en su tumba unos versos en que se burla de su desmesurado afán: "Aquí yace Pirón, que no fue nadie, ni siquiera un académico".

Los epitafios no sólo han servido para rendir homenaje a los muertos. En muchas oportunidades, sus contemporáneos han propuesto epitafios a hombres célebres, en que los hacen blanco de pullas y críticas. Y si bien esos epitafios nunca adornaron la tumba de aquellos a quienes estaban dedicados, han pasado a la historia como una buena síntesis de la personalidad del occiso. Es conocida la rivalidad que existía entre Góngora y Quevedo. Este último, cuando supo que Góngora estaba aquejado de una enfermedad y se había retirado al campo para reponerse, le escribió unos satíricos versos que terminaban con esta proposición de epitafio:

"Fuese con Satanás, culto y pelado;
¡mirad si Satanás es desdichado!"

La crueldad que Robespierre cultivó durante la Revolución Francesa concitó no poco odio entre sus adversarios que, aún en vida de él, hicieron circular este epitafio para su



deseada muerte: "Pasajero, no llores por su muerte. Si él estuviera vivo, tú estarías muerto".

Otros han querido que en su tumba se inscriba un mensaje de lo que aprendieron en la vida, para entregarlo a las generaciones futuras. Esta, al parecer, fue la intención de Sardanápalo, rey de los asirios, que hizo grabar en su tumba la siguiente inscripción: "Sardanápalo, hijo de Anacindarax, fundó en un día Anquialo y Tarso. Tú, transeúnte, come, bebe y diviértete; todo lo demás es indigno de aplauso".

Equivocados o verdaderos, vanidosos o humildes, piadosos o crueles, humorísticos o apesadumbrados, la colección de epitafios que ha recogido la Historia, terminan tan sólo por dar testimonio de la perdurabilidad de las pasiones humanas, del vano intento del hombre por derrotar a la muerte y de su inescapable transitoriedad. Acaso el epitafio que podría estar en todas las tumbas del mundo es el que, con humildad, compuso para sí el poeta inglés John Keats: "Aquí yace uno cuyo nombre se escribió en el agua".

PARTIQUINO